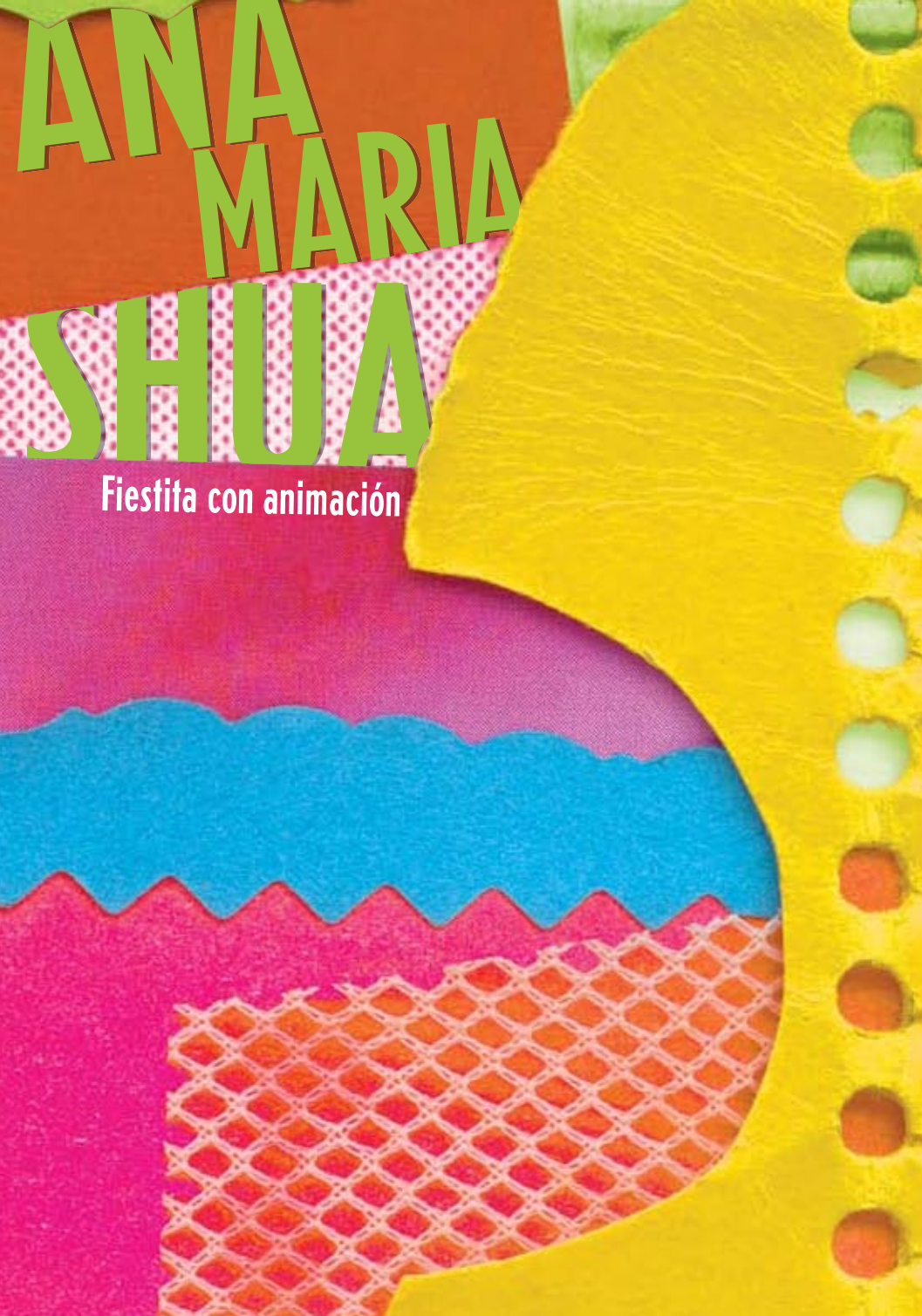


ANA MARIA SHUA

Fiestita con animación



"Solo de noche" de Ana María Shua y Paloma Fabrykant.
En Manual Artesanal 5°. Editorial Puerto de Palos. (2004).
© Puerto de Palos

"Fiestita con animación" de Ana María Shua
En *Viajando se conoce gente*.
Editorial Sudamericana

"Todos los no" de Ana María Shua
© Ana María Shua
De *Las cosas que odio y otras exageraciones*.
Editorial Alfaguara Infantil, 1998

Ilustraciones: Mariana Monteserin
Diseño de tapa y colección:



Ministerio de Educación

Unidad de Programas Especiales
Plan Lectura 2008

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires.

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/planlectura

República Argentina, 2008.

SOLO DE NOCHE

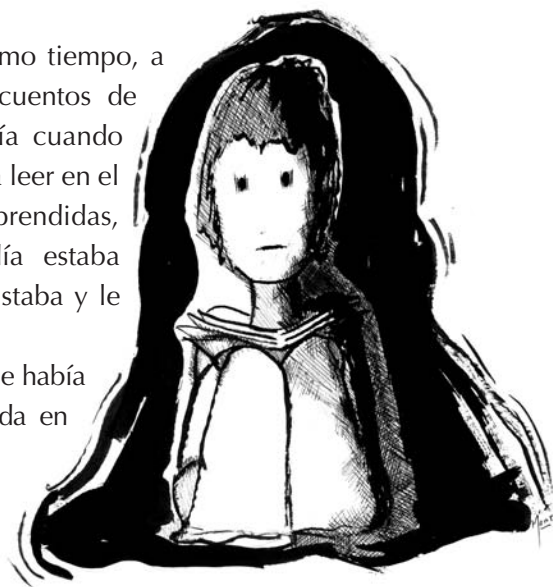
ANA MARÍA SHUA Y PALOMA FABRYKANT

¡Qué susto! ¡Qué espanto!
¡Un cuento de terror viene llegando!

Leandro tenía mucho miedo de quedarse solo de noche, pero nunca lo hubiera confesado. A los 10 años, se sentía demasiado grande para pedirles a sus padres que se quedaran en casa. Pero cuando se iban, todo a su alrededor se volvía amenazador. Le parecía ver cosas por el rabillo del ojo. Cuando daba vuelta la cabeza para mirarlas de frente, las cosas desaparecían. Quedarse en su cuarto, sobre todo, le resultaba intolerable. Taparse la cabeza con la frazada era todavía peor: si los monstruos que se imaginaba lo encontraban así, sin que él pudiera verlos llegar, estaría completamente indefenso.

Lo curioso es que, al mismo tiempo, a Leandro le encantaba leer cuentos de terror. Entonces, lo que hacía cuando sus papás salían era sentarse a leer en el living, con todas las luces prendidas, hasta que volvieran. Un día estaba leyendo un cuento que le gustaba y le daba mucha impresión.

Se trataba de un hombre que había entrado en una cabaña perdida en



medio del bosque. Pasaba la noche allí y a la mañana descubriría que había dos puertas para salir, pero no podía acordarse por cuál de las dos había entrado. Abría una puerta al azar y se encontraba de pronto en otra dimensión.

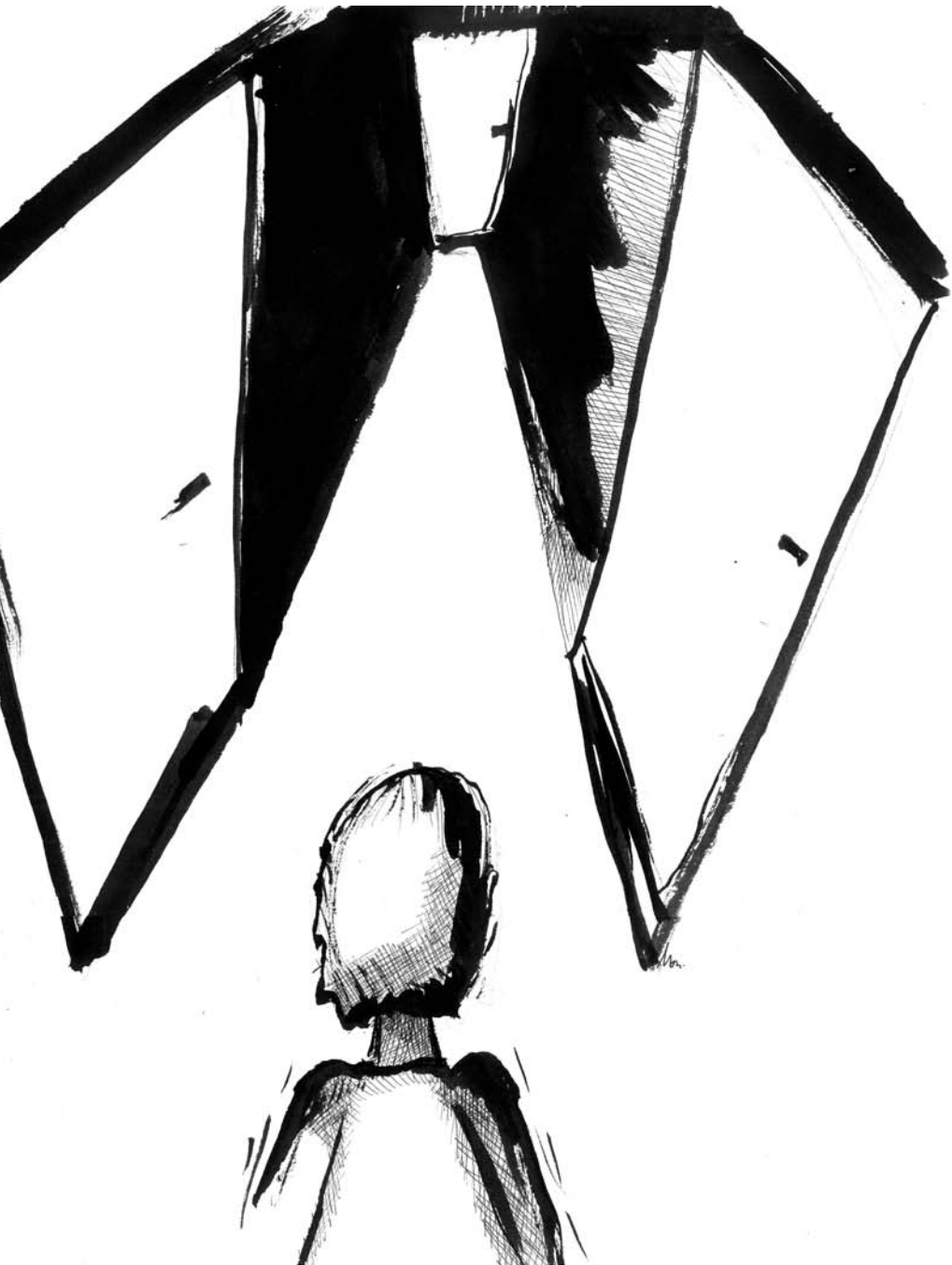
Un desierto inmenso y horrible se extendía hasta el infinito. Aquí y allá había unos cactus que se movían lentamente y parecían tener ojos. Una extraña fuerza lo atraía hacia el desierto.

Con un gran esfuerzo de la voluntad, el hombre conseguía resistir esa fuerza y se encontraba otra vez dentro de la cabaña. Pero, una vez más, no sabía cuál de las dos puertas daba al bosque y cuál daba al horror. Y tenía tanto miedo que se quedaba encerrado para siempre en la cabaña.

Leandro levantó la cabeza sobre el libro y miró a su alrededor. Su casa estaba llena de puertas.

La de la cocina, la del baño, la de su cuarto, la del cuarto de sus padres... Cualquiera de ellas podía conducir a un lugar desconocido y terrible. Varias estaban abiertas. Pero la de la cocina estaba cerrada. Y ahora tenía sed, mucha sed. ¿Se atrevería a abrir la puerta de la cocina? Dudó un momento con la mano sobre el picaporte. Finalmente, abrió de un empujón. Azulejos, microondas, alacenas, cocina, heladera. Todo bien.

Entonces abrió la heladera para sacar una gaseosa y se encontró de golpe en un desierto blanco y frío, infinito. Formas de hielo de extraño diseño se movían hacia él, primero lentamente, después cada vez más rápido. La puerta de la heladera había quedado a sus espaldas. Se volvió hacia allí y trató de correr para volver a la cocina, pero el suelo parecía estar hecho de un barro frío y poroso que se adhería a sus pantuflas. Por suerte la heladera no se había cerrado. De algún modo logró aferrarse al borde de la puerta y saltar del



otro lado, mientras el barro se tragaba sus pantuflas con un desagradable sonido de absorción.

–¡Leandro! ¡Leandro! –la voz de su madre lo despertó– ¡Te quedaste dormido leyendo en el sillón del living!

Era maravilloso volver a ver a sus padres.

–¿Qué te pasó? –preguntó su papá– ¿Otra vez tuviste un mal sueño?

–Pero mirá cómo tenés los pies embarrados... ¿Saliste al jardín sin pantuflas? –preguntó la mamá.

Durante mucho tiempo Leandro se negó a abrir la puerta de la heladera, y se mostraba muy cauteloso con todas las puertas en general. Con el tiempo se le fue pasando el susto y empezó a comportarse más normalmente. Había muchas explicaciones para lo que le había pasado.

Una simple pesadilla, por ejemplo, que lo había hecho caminar en sueños por el jardín. Eso sí: las pantuflas no aparecieron nunca más.

Pero hay tantas maneras de que se pierdan unas pantuflas...
¿O no?



FIESTITA CON ANIMACIÓN

ANA MARÍA SHUA

Las luces estaban apagadas y los altoparlantes funcionaban a todo volumen.

–¡Todos a saltar en un pie! –gritaba atronadoramente una de las animadoras, disfrazada de ratón. Y los chicos, como autómatas enloquecidos, saltaban ferozmente en un pie.

–Ahora, ¡todos en pareja para el concurso de baile! Cada vez que pare la música, uno abre las piernas y el otro tiene que pasar por abajo del puente. ¡Hay premios para los ganadores!

Excitados por la potencia del sonido y por las luces estroboscópicas, los chicos obedecían, sin embargo, las consignas de las animadoras, moviéndose al ritmo pesado y monótono de la música en un frenesí colectivo.

–Cómo se divierten, qué piolas que son. ¿Te acordás qué bobitos éramos nosotros a los siete años? –le preguntó, sonriente, el padre de la cumpleañera a la mamá de uno de los invitados, gritándole al oído para hacerse escuchar.

–Y qué querés... Nosotros no teníamos televisión: tienen otro nivel de información –le





contestó la señora, sin muchas esperanzas de que su comentario fuera oído.

No habían visto que Silvita, la homenajeadada, se las había arreglado para atravesar la loca confusión y estaba hablando con otra de las animadoras, disfrazada de conejo. Se encendieron las luces.

–Silvita quiere mostrarnos a todos un truco de magia –dijo Conejito–, ¡Va a hacer desaparecer a una persona!

–¿A quién quieres hacer desaparecer? –preguntó Ratón.

–A mi hermanita –dijo Silvia, decidida, hablando por el micrófono.

Carolina, una chiquita de cinco años, preciosa con su vestido rosa, pasó al frente sin timidez. Era evidente que habían practicado el truco antes de la fiesta, porque dejó que su hermana la metiera debajo de la mesa y estirara el borde del mantel hasta hacerlo llegar al suelo, volcando un vaso de Coca Cola y amenazando con hacer caer todo lo demás. Conejito pidió un trapo y la mucama vino corriendo a limpiar el estropicio.

–¡Abracadabra la puerta se abra y ya está! –dijo Silvita.

Y cuando levantaron el mantel, Carolina ya no estaba debajo de la mesa. A los chicos el truco no los impresionó: estaban cansados y querían que se apagaran las velitas para comerse los adornos de azúcar de la torta. Pero los grandes se quedaron sinceramente asombrados. Los padres de Silvia la miraban con orgullo.

–Ahora hacela aparecer otra vez –dijo Ratón.

–No sé cómo se hace –dijo Silvita–. El truco lo aprendí en la tele y en la parte de aparecer papi me cambió de canal porque quería ver el partido.

Todos se rieron y Ratón se metió debajo de la mesa para sacar

a Carolina. Pero Carolina no estaba. La buscaron en la cocina y en el baño de arriba, debajo de los sillones, detrás de la biblioteca. La buscaron metódicamente, revisando todo el piso de arriba, palmo a palmo, sin encontrarla.

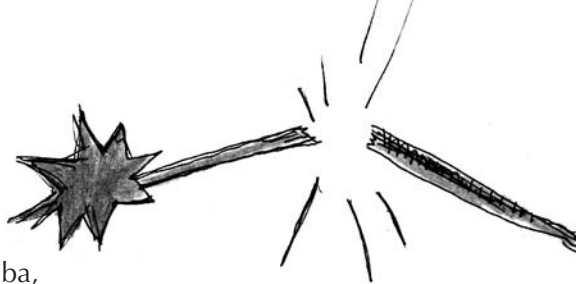
—¿Dónde está Carolina, Silvita? —preguntó la madre, un poco preocupada.

—¡Desapareció! —dijo Silvia—. Y ahora quiero apagar las velitas. El muñequito de chocolate me lo como yo.

El departamento era un dúplex. El papá de las nenas había estado parado cerca de la escalera durante todo el truco y nadie podría haber bajado por allí sin que él lo viera. Sin embargo, siguieron la búsqueda en el piso de abajo. Pero Carolina no estaba.

A las diez de la noche, cuando hacía ya mucho tiempo que se había ido el último invitado y todos los rincones de la casa habían sido revisados varias veces, dieron parte a la policía y empezaron a llamar a las comisarías y hospitales.

—Qué tonta fui esa noche —les decía, muchos años después, la señora Silvia, a un grupo de amigas que habían venido a acompañarla en el velorio de su marido—. ¡Con lo bien que me vendría tener una hermana en este trance! —y se echó a llorar otra vez.



TODOS LOS NO

No toques a los perros por la calle,
a los gatos tampoco,
no toques los faroles, las paredes o los cocos,
no toques mis papeles,
no toques mi cartera,
no toques la tele, la computadora, la heladera,
la nariz, el gomero, el techo, la vajilla,
no toques las estrellas, los monos, las vainillas,
no toques la perinola, la llave, la bombilla,
no te subas a la silla,
no te subas a la mesa,
no te subas al ropero, a la ventana, a mi cabeza,
a la luna, a la escalera, al escritorio,
no te subas a la cama, al trampolín, a la cerveza,
ni al cohete, ni al colectivo, ni a la reja,
No comas fruta que esté verde o esté sucia,
no comas nada que cualquiera te convide,
no comas maderitas, ni pasto ni frambuesas,
ni piedras que se te atragantan,
ni arena, tierra o basura.
No comas de la fuente, de la lata, de la mesa
Y por favor no te comas las orejas.
No pises la ropa, los pasteles, el charquito,
no pises mis zapatos, ni a tu hermano chiquito.
No pises.

Decía mi mamá, hablándome despacio.
Pero yo no le hacía ningún caso.

Ana María Shua

Nació en Buenos Aires en 1951. Ha publicado más de cuarenta libros. Recibió varios premios nacionales e internacionales entre los que se destacan: el premio de la editorial Losada, Premio Club de los XIII, la Beca Guggenheim y el Premio Ciudad de Buenos Aires.

¿Querés leer más de esta autora?

La fábrica del terror, La puerta para salir del mundo, Miedo en el sur, Ani salva a la perra Laika, Caracol presta su casa, La luz mala, Vidas perpendiculares y Los monstruos del Riachuelo.

¿Querés saber más de esta autora?

<http://www.educared.org.ar/galeriadeautores/anamariashua/index.asp>

Paloma Fabrykant

Nació en Buenos Aires en 1981. Escribe en colaboración con su madre, la escritora Ana María Shua.

Actualmente cursa la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires.

¿Querés leer más de esta autora?

Las cosas que odio y otras exageraciones, Cómo ser madre de una hija adolescente.



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

PLAN LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

cfe

Consejo Federal
de Educación